

Lidia, una mujer excepcional

Hechos 16: 9-15; 40

Lidia, la vendedora de púrpura que tuvo un papel clave en la proclamación del evangelio en Filipos, es una mujer que podría ser como muchas de las cristianas consagradas a Dios del día de hoy. Ella es lo que llamaríamos una mujer de vanguardia, una mujer adelantada a su tiempo, arriesgada, valerosa. Pero a la vez, temerosa de Dios y con un corazón listo para seguir la voluntad de Dios. En estas fechas en que celebramos Día de las Madres, veamos algunos aspectos de la vida de Lidia, los cuales pueden ser inspiradores para las madres y las mujeres de nuestros días.

Una mujer trabajadora. Como muchas mujeres en la actualidad, Lidia era una mujer de múltiples actividades y compromisos. A la vez que tenía que atender a su casa y a su familia, también trabajaba vendiendo tinturas para teñir telas, una actividad comercial por la que eran muy conocidos los habitantes de Tiatira, su ciudad natal. Es posible que Lidia se hubiera trasladado a Filipos, una importante ciudad de Macedonia, porque su negocio podía prosperar mejor allí. Las personas dedicadas a teñir y vender telas eran por lo general prósperas económicamente porque las clases ricas adquirían a altos precios estas telas, y en particular las de color púrpura, símbolo de prestancia social. El relato bíblico no dice si Lidia era soltera, si tenía marido o si era viuda. Sólo menciona que tenía familia. Pero lo cierto es que ella, como muchas mujeres y madres de hoy, también trabajaba fuera de su hogar para poder sostener a su familia.

Una mujer temerosa de Dios. Resulta interesante notar que pese al dinero que debía tener y a lo muy ocupada que se mantenía trabajando, Lidia le dedicaba tiempo a Dios. Es posible que no haya sido judía de nacimiento (su nombre es griego), pero evidentemente era seguidora de la religión judía. Por esta razón no trabajaba el día de reposo, sino que iba con otras mujeres creyentes a las orillas del río Jerofontes, en las afueras de Filipos, a buscar a Dios en oración. Es posible que la comunidad judía en Filipos no fuera tan grande y por ello no tenían una sinagoga; o que esta era una reunión básicamente de mujeres. Y se reunían a la orilla de un río, siguiendo una tradición judía que venía desde los tiempos de la cautividad babilónica. Era claro que Lidia, a pesar de los afanes de su trabajo, siempre tenía tiempo para adorar a Dios.

Una mujer atenta a la voz de Dios. Al igual que el centurión Cornelio de Hechos 10, Lidia era una mujer temerosa de Dios. Pero eso no era suficiente, como Cornelio y ella sabían. Algo faltaba en su vida. De modo que cuando Pablo y sus colaboradores se les unieron en la reunión en el río, “el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía”. Lidia aceptó el mensaje del apóstol y le rindió su vida a Jesucristo. Luego se hizo bautizar junto con el resto de su familia. Jesucristo se convirtió en dueño y Señor de su vida y de su hogar. ¡Qué ejemplo maravilloso de decisión! ¡Qué liderazgo! Una mujer sabia edificando su casa sobre el fundamento firme!

Una mujer servicial. Después de recibir a Cristo, Lidia no se limitó a ser una creyente más. De inmediato puso su hogar a disposición de Pablo y de equipo misionero para que empezaran una

iglesia allí. La casa de Lidia se convirtió en un centro evangelístico y de discipulado donde el apóstol se hospedaba y donde se celebraron las primeras reuniones cristianas en Filipos. La casa de Lidia se convirtió así en la primera iglesia cristiana en suelo europeo. Y Lidia, una mujer esforzada y espiritual, tuvo el honor y privilegio de haber sido la anfitriona de aquella congregación.

Lidia fue ciertamente una mujer y una madre como muchas otras que conocemos el día de hoy. Trabajadora y dedicada a su hogar. Pero fue excepcional en que le dio a Dios su corazón y dedicó sus bienes y su familia a su servicio. La base de su bendición, y del honor con que se le recuerda se debe no a su dinero o sus ocupaciones, sino al lugar que tuvo Dios en su vida. El Señor llama a las mujeres y madres (y a los hombres y padres también) a imitar ese ejemplo maravilloso de consagración y fidelidad a Dios.